

ENFOQUE

REVISTA DE CINE Nº 11

(\$ 650 IVA Incl.) ABRIL 1989

CLINT EASTWOOD

Un guerrero solitario

E. LAFOURCADE

"No veo películas chilenas"

JOHN CASSAVETES

In memoriam

PEDRO CHASKEL

Una vida en el cine

Forest Whitaker en
BIRD

Rompehielos

"Unwin recordó a Nicolás de Cusa, para quien toda línea recta es el arco de un círculo infinito".

Jorge Luis Borges.
Abnecan el Bojari, muerto en su laberinto

A mediados de 1986, junto al documentalista francés Jean Rouch y a la cineasta sueca Titte Tornroth, Raúl Ruiz se embarcó rumbo al Polo Norte a bordo del rompehielos Frej con el objetivo de realizar, cada uno, un filme de alrededor de treinta minutos. Se obtuvo entonces un largometraje. Se obtuvo entonces un largometraje inspirado en la visión que los tres autores tuvieron de tan frío periplo.

Mientras que en su episodio de apertura, Jean Rouch apostó a una no siempre conseguida poética del trabajo sobre imágenes y sonidos verdaderos y Titte Tornroth dio cuenta de su paso por el barco desde la perspectiva de un reportaje televisivo convencional, Ruiz se desligó de las preocupaciones realistas de sus colegas y abordó una compleja ficción inspirada en las "Aventuras de Arturo Gordon Pym", de E.A. Poe, y en un poema de William Blake.

El capítulo dirigido por Ruiz, llamado *Historias de hielo*, no muestra en pantalla a ningún ser viviente -a los sumo se ven fragmentos de cuerpos- y se articula a partir de un notable texto que el narrador dice en off. Como en *Las tres coronas del marinero*, *La ciudad de los piratas*, la última parte de *Los destinos de Manuel*, el tema del muerto-vivo se apodera de este rompehielos atrapado en el Polo. Claro que como en todo buen filme ruiciano, tal motivo se halla oculto bajo capas de apariencias difusamente alineadas tras grandes elipsis.

El narrador y protagonista de *Historias de hielo* es, según entendemos luego de varios giros del argu-

mento, un drogadicto enviado a un barco-prisión modelo, el cual, a poco de navegar, descubre con estupor que es el único prisionero a bordo. Su única compañía son unas extrañas voces que, cada vez que el sol se pone, salen de la radio para contarle los más insólitos relatos. Así, oye la historia de un habitante de Estocolmo hecho de hielo que se derrite antes de poder llegar al Polo (Ruiz, mediante esta derivación de la novela ejemplar de Cervantes "El licenciado Vidriera", alude una vez más a la literatura del Siglo de Oro, una de sus principales fuentes), la de otro singular hombre que puede modificar su figura a voluntad y la de un drogadicto que viaja a bordo de un navío; es decir, la voz misteriosa no ha hecho más que narrarle al protagonista, de modo parcelado, su propia vida.

En el cine de Ruiz, las historias se contienen simultánea e infinitamente, de modo que forma y contenido no sólo se vuelven indisolubles sino intercambiables. Esto es posible debido a que en sus películas los referentes reales son borrados de un plumazo para dar paso a una re-inventación de la realidad basada en la mirada de la cámara y en la arbitrarias relaciones que entre los objetos establece la palabra (como en Lewis Carroll, en Ruiz el nombre precede la existencia y determina la esencia). En esa equivalencia de puntos de vista entre la cámara y sus personajes, cualquier supuesta omnisciencia se desvanece en pro de un nuevo cosmos, tan subjetivizado que deviene en real espacio mental.

En *Historias de hielo*, precisamente, el espectador (que cree en la verosimilitud de todo esto a causa del tono fantástico con que Ruiz, apoyado en la excelente música de Jorge Arriagada, baña su relato) des-

cubre al final que lo que ha visto no es el congelado paisaje polar sino el interior del cuerpo del prisionero y que el Frej navega por una de sus arterias rumbo a su cerebro. Fondo y forma de nuevo revertidos paradójicamente en el juego ruiciano de la predestinación y las limitaciones del conocimiento. La sorpresa de quien mira se traspasa, por lo demás, al protagonista, que se ha dado cuenta que morirá en el instante en que el navío alcance su inesperado puerto. Desesperado ante tan horrible hallazgo -en definitiva, el de estar inserto sin libertad dentro de una ficción imaginada por otro- el personaje recorre el buque-fantasma solamente para encontrar un modelo a escala reducida del Frej, encima de cuya cubierta se distingue la silueta de un monigote que lo representa. ●

R. N.

PERGOLA
DE LA
PLAZA



Cafetería, Bar, Restaurant
Plaza Mulato Gil - Lasterria 305